

enfrente de las tropas mejicanas, situándose en un campo conveniente; pero en vez de que escalonasen sus escuadrones, y tomaran las precauciones que se toman antes de una batalla, colocaron por toda la línea las considerables provisiones de boca que habian llevado, sin cuidarse, al parecer, más que de ellas.

El ejército mejicano les acometió entonces con impetu extraordinario, y los michoacanos, fingiéndose sorprendidos, se pusieron en precipitada fuga. Sus contrarios les siguieron un gran trecho; pero al encontrarse con las provisiones de víveres, dejaron el alcance del enemigo para entregarse á comer y beber. Cuando más entregados estaban á los placeres de la mesa y casi embriagados con los licores, cayeron sobre ellos de improviso los michoacanos, destrozándoles completamente, y haciéndoles un número considerable de prisioneros.

Aquella derrota hizo desistir á Moctezuma de seguir la campaña contra los michoacanos, empleando sus armas en reducir á la obediencia á las provincias que intentaban rebelarse.

CAPÍTULO XXI

Buen gobierno de Nezahualpilli, rey de Texcoco.—Paralelo entre la literatura texcocana y mejicana.—Nezahualpilli, por no quebrantar las leyes, deja que se cumpla la sentencia de muerte dada contra su hijo. Infidelidad de una de las mujeres de Nezahualpilli: sufre la pena de muerte con sus amantes y cómplices.—Nezahualpilli se retira de los negocios públicos.—Muerte de Nezahualpilli.—Víctimas que sacrificaron en sus exequias.—Es electo rey su hijo Cacamatzin.—Se opone su hermano Ixtlilxochitl.—Se forman dos partidos y se divide el reino de Acolhuacan.—Odio de Ixtlilxochitl á Moctezuma; reta á éste á combate personal.—Ixtlilxochitl manda quemar vivo á un primo de Moctezuma hecho prisionero.—Llegada de los españoles á las costas de Méjico.—Disposiciones de Moctezuma: la escuadrilla desaparece.—Situacion del país.—Rebeliones de los pueblos.—La república de Tlaxcala; su extension.—Extension del reino de Acolhuacan.—Lo que era el reino de Tlacopan.—Extension del imperio mejicano.—Número de habitantes de todo el país.—Llegada de Hernan Cortés á las playas mejicanas.

Mientras Moctezuma, rodeado de poder y de esplendor, se ocupaba en proyectos de grandeza y de felicidad, el rey Nezahualpilli, el ilustre hijo de Nezahualcoyotl, abrumado con hondas penas de familia, se disponia á abandonar el trono, para poderse entregar á los sencillos, pero dulces goces de la vida privada.

Nezahualpilli, que significa «príncipe por quien se ha ayunado», habia nacido con la misma inclinacion á las ciencias y las bellas letras, que manifestó el ilustre Nezahualcoyotl durante su reinado.

Mas severo aun que su rígido padre, en la moral y en la ejecucion de la justicia, logró con el castigo de algunos transgresores de las leyes, que la mayoría de la nacion no se apartase una sola línea de la pauta de sus deberes.

Mas inclinado al trato de las musas y al estudio de la astronomía que al ruido de las batallas y á los estragos de la guerra, dedicaba todos los instantes que le permitian sus asuntos de gobierno, á la composicion de sentidas leyendas y á la contemplacion de los astros, para lo cual habia hecho construir un observatorio en uno de sus palacios.

Durante los primeros tiempos de su reinado, salió varias veces á campaña al frente de sus tropas, bien para ayudar en sus empresas á los monarcas de Méjico, bien para mantener el espíritu guerrero en sus soldados; pero cuando los años calmaron el ardor de la juventud procuró conservar inalterable la paz, y solo salian sus ejércitos cuando el rey de Méjico demandaba su auxilio, en cumplimiento de la alianza ofensiva y defensiva celebrada entre ellos y el monarca de Tacuba.

Afanoso como su padre por el esplendor de la ciudad de Texcoco, edificó magníficos palacios y quintas de recreo, en que la belleza y la comodidad rivalizaban con la buena disposicion del repartimiento de las vastas piezas y con la pintoresca situacion que ocupaban.

La corte de Texcoco siguió siendo, con Nezahualpilli, lo que habia sido con Nezahualcoyotl, el punto de reunion de todos los sabios del Anáhuac, de los poetas y de los oradores.

Literatura
texcocana y
mejicana.

Las mejores historias, las mas delicadas poesías, eran debidas á los ingenios que habitan en aquella ciudad, protegidos por sus literatos y legisladores reyes. En ninguna parte se hablaba con mas pureza el idioma azteca que en Texcoco. Los mejicanos competian con sus leales vecinos en la agricultura, en las artes, en la astronomía, en la grandiosidad de sus templos, en la magnificencia de sus palacios, y en la pompa verdaderamente asiática que ostentaban sus monarcas; pero en lo que correspondia á la forma literaria de sus obras, á los giros del idioma, á la pureza de la diction, á la redondez de los periodos, y al delicado gusto de la cadencia, se encontraba mas elegancia, mas correccion, en los poetas y oradores texcocanos.

El ilustre historiador Prescott, al hacer el paralelo entre los adelantos de aquellas dos naciones que iban, en el Anáhuac, á la vanguardia de la civilizacion, atribuye la inferioridad de los mejicanos en la elocuencia y poesía á la sangrienta religion que profesaban. La grandeza de los aztecas, en su concepto, «era el desarrollo de elementos materiales, mas bien que intelectuales. Necesitaban el refinamiento de costumbres, esencial á un continuo progreso en la civilizacion; y un insuperable límite estaba puesto á las suyas, con aquella sangrienta mitología que comunicaba su horrible y asquerosa infeccion al mismo aire que respiraban.»

Pero, en mi humilde juicio, la causa de que en las obras literarias de los mejicanos no se encontrasen las bellas formas y la correcta y elegante dición que en las producciones literarias de sus vecinos, es preciso buscarla en otra parte. Si el escollo insuperable al desarrollo intelectual hubiera sido para los mejicanos la sangrienta religion, que desgraciadamente profesaban, seria preciso negar aquel desarrollo á los texcocanos. No debemos olvidar que la religion era la misma, y que los sacrificios humanos existian entre los acolhuas, como tengo dicho, mucho antes de que los mejicanos ejerciesen el menor influjo en el Anáhuac. Solo que todos hablan de los prisioneros sacrificados por los mejicanos, detallando sus actos, y nadie hace mencion de los inmolados por las demás naciones del Anáhuac.

La causa de que las obras literarias de los mejicanos careciesen del gusto que se advierte en las de los poetas y oradores texcocanos, era la continua ocupacion de la guerra.

Ocupada la nacion en llevar las conquistas á todas partes, los literatos solo se podian ocupar de himnos guerreros que ensalzasen la gloria de sus héroes y de sus monarcas.

La literatura mejicana era enérgica, guerrera, porque estaba impregnada del sentimiento que dominaba á la nacion entera. La texcocana era dulce, filosófica, tierna, amorosa, porque estaba inspirada en medio de la deliciosa calma de la paz.

Cada literatura reflejaba el sentimiento dominante de la sociedad en que brotaba, y caminaban paralelas en su desarrollo, en los distintos géneros á que pertenecian.

Nezahualpilli no solo habia heredado de su padre el gusto por las ciencias y las letras, sino tambien sus ideas religiosas. No creia en el poder de las deidades que adoraba el pueblo; pero se veia precisado á tolerar los sacrificios y á reverenciar los ídolos, para no atraerse el odio de sus vasallos y de los sacerdotes.

Querido de los pueblos y gozando en los adelantos de su patria vivia, cuando un hecho, nunca por él esperado, vino á inundar de duelo y profunda pena su corazon, acibarando para siempre todos los instantes de su existencia.

El rey, que siempre se habia manifestado inexorable contra los vasallos transgresores de las leyes, tenia que serlo con uno de sus hijos.

Tenia Nezahualpilli, entre sus numerosas concubinas, una que descollaba entre todas por su notable belleza, su claro talento y la agudeza de su ingenio. Era joven de humilde origen, pero de elevados pensamientos y de rica inteligencia. Las bellas cualidades que adornaban á la interesante jóven, hizo que Nezahualpilli la mirase con singular predileccion, y que la consagrara un amor vehemente y profundo.

Habitaba aquella indiana belleza, conocida con el nombre de la señora de Tula, un elegante palacio, con agradables jardines, que el rey la destinó para que viviese con el fausto y distinciones que ninguna de sus otras concubinas disfrutaba.

Correspondencia epistolar entre una concubina del rey y el hijo de éste. La gracia, la discrecion y la hermosura de la jóven Tula, movieron el interés de un jóven á entablar una correspondencia poética con ella, que tambien gozaba de la reputacion

de poetisa. Este jóven era Huexotzincatzin, hijo del monarca, príncipe de relevantes prendas, muy dedicado á las letras, y dulce y expresivo en sus composiciones poéticas. Nezahualpilli tenia hácia este hijo singular preferencia. Habia nacido en la época de sus triunfos contra los huexotzingos, por lo cual le puso, como entonces vimos, el nombre de Huexotzincatzin, y le tuvo de su linda esposa Xocotzin, sobrina del monarca mejicano Tizoc.

Se ignora si la correspondencia era amorosa, pero cualquiera que fuese la causa que la motivó, envolvía una grave falta al soberano y al padre. Las leyes señalaban la pena de muerte á aquel delito. El príncipe fué sujetado á un juicio, y el tribunal competente pronunció su sentencia, condenándole á perder la vida. El rey se estremeció en el fondo de su corazón; pero celoso del cumplimiento de las leyes, se sobrepuso á los sentimientos de la naturaleza, y dejó que se cumpliera el terrible fallo. Podría sospecharse que en aquella resignacion del monarca á la sentencia de los jueces, se mezclase, acaso, el sentimiento de los celos; pero no fué así. Habia manifestado siempre su invariable celo por el cumplimiento de las leyes, y hubiera juzgado un crimen no acatar el fallo del tribunal, solo porque se trataba de su hijo, cuando lo habia respetado en casos parecidos, al condenar á otros. Nezahualpilli poseia la rectitud de los antiguos héroes, y como Guzman el Bueno, ahogó en su corazón la honda pena del amoroso padre, para cumplir con el sagrado deber del hombre público.

Es sentenciado á muerte el hijo de Nezahualpilli. La sentencia se cumplió. El príncipe sufrió la pena de muerte; y el desventurado padre se encerró, por mucho tiempo, en una pie-

za de su palacio, sin dejarse ver de nadie; y para que no se renovase el hondo sentimiento que despedazaba su corazón, con la vista de los sitios en que mil veces pasó con su hijo dulces horas de amena conversacion, mandó tapiar las puertas y ventanas de las habitaciones del desventurado príncipe, ordenando que nadie las ocupase en lo sucesivo.

Al lado de esa severidad, impuesta en cumplimiento de lo que él juzgaba su deber sagrado, se encontraban los sentimientos humanitarios de su corazón. Compasivo y bondadoso con los desgraciados, habia mandado hacer una ventana en una de las piezas de palacio que daba al mercado, desde donde, sin ser visto, pudiese observar á las personas que concurrían. Allí se colocaba á la hora mas á propósito el rey, y observaba, al través de una celosía que impedia le viesen, todo lo que acontecia. Cuando veía una persona pobre que solicitaba semillas ó algo para comer, revelando en su traje la necesidad que le aquejaba, hacia que la llamasen, y la proveía de todo lo necesario, si era honrada y buena. Todos los dias se daba en palacio, por orden suya, limosna á un número crecido de huérfanos y de enfermos.

Tenia en una mano la severidad para castigar á los transgresores de las leyes, y en la otra la caridad para socorrer al desgraciado.

Infidelidad de una de las mujeres del rey Nezahualpilli: sufre la pena de muerte. Pero no era sola la muerte de su hijo la desgracia que habia llenado de duelo su corazón, acibarando los dias de su vida, sino tambien la infidelidad de una de sus esposas, que tomó despues de las dos sobrinas del rey Tizoc, aunque viviendo éstas.

La infiel consorte era de estirpe real mejicana. Cuando Nezahualpilli la eligió por mujer, aun era muy niña, y el monarca la puso en un palacio aparte, rodeada de numerosa servidumbre que acatase sus mas ligeros deseos. El fausto, la grandeza y el lujo rodeaban á la jóven, y su cariñoso consorte hizo que recibiese una educacion mas esmerada que se podia dar entonces.

Pero aunque el monarca la veia aun como una niña, la jóven abrigaba un corazon inclinado á la liviandad y una astucia superior á sus años.

Viéndose en entera libertad en su palacio, pendientes de su voluntad á sus numerosos criados, y comprendiendo que ninguno de ellos se atreviera á censurar sus actos, dió libre rienda á sus caprichos de liviandad, y los impuros pensamientos que hasta entonces habian estado encerrados en su imaginacion, los empezó á poner en práctica con un desenfreno inaudito. Si la vista de un jóven le interesaba, daba órdenes secretas para que le condujesen á sus habitaciones, y despues de haber satisfecho sus deseos carnales, hacia que le diesen muerte para que no pudiese contar á nadie su aventura. De cada víctima de su liviandad mandaba hacer una efigie, y vistiéndola ricamente, la colocaba en una de las piezas que habitaba para recordar los goces pasados. Muchas eran las efigies, que en órden de fechas, se encontraban en la pieza referida, y llamándole la atencion al rey su número, uno de los dias que fué á verla, le preguntó el objeto que tenian y lo que indicaban. La jóven le contestó que eran las estatuas que representaban á sus dioses. Nezahualpilli, conociendo lo inclinados que los mejicanos eran al culto de sus

númenes, no dudó de las palabras de su esposa, y se retiró amoroso y tranquilo.

La reina estaba segura de la fidelidad de su servidumbre, y sus dias se deslizaban entre aventuras amorosas.

Jamás cruzó por su pensamiento la idea de que el rey llegase á descubrir sus liviandades; pero se equivocó.

Llegó un dia en que los crímenes quedaron descubiertos.

La libertina reina, conservando cariño mas duradero á tres mancebos de la primera nobleza, lejos de mandar quitarles la vida, siguió teniendo con ellos un activo comercio amoroso, para lo cual entraban de noche á su palacio. La casualidad hizo que el rey reconociese entre las alhajas que llevaba uno de ellos, una que él habia regalado á su esposa. Esto, aunque no le hizo sospechar una infame traicion, sí despertó un ligero recelo que se fijó en su mente.

Entrada la noche, el monarca, deseando pasar algunas horas al lado de la reina, marchó á visitarla. Era ya algo tarde, y las mujeres encargadas de velar junto á la alcoba de su soberana, le dijeron que estaba dormida. El rey iba á marcharse como se habia marchado otras veces cuando se le habia dicho lo mismo; pero acordándose de repente de la alhaja que habia visto en el noble joven, insistió en entrar y penetró en la alcoba. Nezahualpilli se acercó al lecho de su mujer para despertarla; pero en vez de encontrarse con ella, se halló con una estatua que la representaba, adornada con una cabellera semejante á la suya, y colocada la figura de una manera que persuadiese al que se acercara, que era la reina.